

ARTICULO ESPECIAL

Discurso de Graduación

RAUL MARCIAL ROJAS, MD, JD*

Nos congrega hoy aquí los sublimes valores de la vida universitaria que los aquí presentes han ido validando y cimentando a través de los años, y que hoy revalidamos. La impronta perdurable del respeto inmaculado e inmarcesible a la libre expresión, a la búsqueda de la verdad y del conocimiento que hacen a los hombres resistentes a la sumisión, al sometimiento arbitrario y caprichoso sin que medie un convencimiento cabal. El respeto casi sacramental a la pluralidad y diversidad de criterios, ideologías y conceptos; siempre dentro de un diálogo de estilo racional-legal que debe caracterizar la vida académica universitaria. Sobre todo, donde impere la expresión franca y firme, pero siempre bajo el palio del decoro, cortesía y respeto que nos debemos los unos a los otros por estar hechos a la imagen y semejanza del Todopoderoso; o por el mero hecho de cualificar como seres humanos racionales. Citando a la gran poetisa, humanista y religiosa de Avila, Santa Teresa de Jesús: "que por eso el Señor puso en tu frente una razón que le negó a la fiera".

Recordando al sempiterno universitario, Don Jaime Benítez, a quien nuestra Universidad le otorgara hace algunos años un Doctorado Honoris Causa por su ingente labor en la educación universitaria en general y en la educación médica en particular, cito de él para ustedes: "El principal objetivo de la Universidad debe ser hacer hombres libres en sus espíritus, hombres que no rindan la potencialidad creadora de sus almas a nada en este mundo, ni al halago, ni al clisé social, ni al prejuicio, ni a la ambición, ni a la amenaza, ni al poder, a nada en este mundo".

Todo este ceremonial preñado de logros, de alegrías, de satisfacciones, en fin de éxito, siempre hace aflorar en mi memoria una ocasión similar hace varios años, cuarenta y siete para ser exacto: mi colación de grados de médico en la Universidad de Marquette. Mis padres, con gran sacrificio económico, habían podido asistir a la misma.

Nunca olvido que al terminar la ceremonia un amigo se dirigió a mi padre diciéndole "Deberá estar usted muy orgulloso de tener un hijo médico". Mi padre, siempre dotado de gran religiosidad y fe, le contestó: "Orgulloso no, agradecido a Dios por todas sus bondades".

Años más tarde, durante la década de los años setenta, en cuatro ceremoniales de colación de grados consecutivos del Recinto de Ciencias Médicas de la Universidad de Puerto Rico pude experimentar en el hondón de mi alma ese mismo agradecimiento al Todopoderoso. Sólo que los papeles habían sido transformados por el tiempo y por la historia. No era yo ya solo un hijo de un padre agradecido a Dios, era entonces un padre que elevaba sus oraciones al Señor por tantas bienandanzas. Lejos estaban en aquellos momentos felices del precepto bíblico: "Al que mucho le dan, mucho le exigen". Por eso es fácil para mi comprender en toda su intensidad lo que sienten ustedes, queridos graduandos de las profesiones de la salud, y lo que también sienten sus padres en estos momentos de tan alto contenido emocional.

Con la excepción quizás de algunas fechas señaladas en el calendario religioso, no conozco ocasión que compare con ésta en la intensidad y pureza de la emoción que incita en cada uno de sus asistentes. Amigos, padres, alumnos, maestros, y síndicos, cada uno de ustedes depende de los otros para desarrollar su intelecto, para nutrir sus esperanzas, para renovar su noble esfuerzo de servicio al futuro, tanto individual como colectivo. Ninguno de nosotros estaría donde está si no fuera por todos los demás, por eso nuestro gozo crece en solidaridad con la alegría de nuestros compañeros.

Queridos graduandos, esta ocasión provee una oportunidad inigualable para ustedes de agradecer a sus seres queridos, a sus maestros y a su *alma mater*, quienes en mayor o menor medida, fueron facilitadores en su devenir por la academia y de su formación como seres humanos. Vuestros padres, esos entrañables seres quienes con tanta dedicación y sacrificio supieron imprimir en ustedes el abecedario de comportamiento humano y proveerle con las necesidades básicas y necesarias para hacer realidad el logro que hoy ustedes alcanzan y disfrutan. Para ellos debe de haber siempre, en lo más íntimo y recóndito de vuestros corazones el mas profundo

Discurso ofrecido en la Vigésima Quinta colación de grados en la Escuela de Medicina de la Universidad Central del Caribe en junio de 1996.

*Presidente, Universidad Central del Caribe, Call Box 60327, Bayamón, Puerto Rico, 00960-6032.

reconocimiento y la mas sincera y eterna gratitud. Demos gracias a todos ellos por haber hecho posible este feliz momento, todos puestos de pie y con un resonante aplauso.

Y ahora, en silencio, en comunión con Dios Todopoderoso, pidamos que si en nuestro cotidiano trajín nos olvidamos de El, que El nunca se olvide de nosotros. A ese gran Señor de la Historia los encomiendo para que utilicen todos los conocimientos científicos y tecnológicos adquiridos en la forma más humana posible, con compasión.

Es vital para ser un buen profesional de la salud comprender el sufrimiento. No importa cuan frecuentemente se enfrenten al mismo, no permitan callosar su sensibilidad al dolor de sus pacientes. Entiendo que no debe haber lugar en la medicina moderna para el cierto grado de insensibilidad que Sir William Osler, del siglo pasado en su famoso *Aequanimitas*, consideró no sólo como una ventaja sino como una necesidad para poder ejercer juicios médicos acertados y ejecutar operaciones delicadas. No sólo los conocimientos de la medicina y la ciencia moderna son más amplios y los remedios más efectivos que en la época de Osler, sino que una gran cantidad de las condiciones médicas de nuestros pacientes tienen sus raíces en problemas sociales y no biológicos. Las enfermedades y condiciones incapacitantes producidas por nuestros estilos de vida consumen una parte significativa de nuestro quehacer. El uso indiscriminado del alcohol, los excesos en la alimentación, las drogas, el tabaquismo y la violencia antisocial que conduce al abuso de menores, de mujeres y de personas de avanzada edad como resultado de patología social, proveen un tipo de paciente, individual y colectivo, que ustedes deben poseer la preparación adecuada para ayudar. No sólo compasión, entendimiento y comprensión, sino también es necesario algún bagaje elemental de las ciencias de la conducta. En estas áreas es que radica en gran medida la enorme labor de la medicina preventiva moderna.

La compasión debe ser una cualidad fundamental de todo profesional de la salud. No debemos entender por compasión las expresiones superficiales sentimentales, los ay benditos y los rostros compungidos del momento. La compasión debe partir de una base racional, de un entendimiento cabal de la situación por la cual el paciente y sus seres íntimos atraviesan. La compasión es reflejo de la actitud y el comportamiento de ustedes en su enfoque integral al paciente y al núcleo familiar. La compasión debe de permear continuamente las relaciones con sus pacientes y no es un atributo que se luce en los casos más dolorosos y trágicos únicamente. La compasión va de la mano con el respeto a la dignidad humana. La ausencia de comunicación entre los

profesionales de la salud y sus pacientes resulta ser una de las quejas más frecuentes que minan la reputación de nuestras clases profesionales en nuestros días.

El contrato social entre paciente y médico es uno de carácter extraordinario, considerando la intimidad y el poder que uno concede al otro. Los pacientes que acuden en busca de ayuda y que ustedes acepten dentro de dicha relación privilegiada asumirán que ustedes tendrán un primordial interés en su salud y bienestar, harán ustedes el máximo para ayudarles y en todo momento respetarán su integridad como seres humanos. El paciente tiene derechos. Y digo paciente porque mi vocación y sensibilidad por la medicina resulta un valladar a la intromisión y aceptación de los términos del mercado dentro de la nomenclatura de la profesión médica. Entiendo que el llamar a los pacientes "clientes" o "consumidores" distorsiona dicha relación y socava la escrupulosidad del papel del profesional de la salud. Esos derechos del ciudadano no caducan por el mero hecho de haber entrado en una relación contractual con un profesional de la salud o con una instalación de cuidado médico. La mayor parte de nosotros y del personal hospitalario reconocen que se ha infiltrado en el sistema de prestación de servicios de salud una fuerza deshumanizante. Esto es el resultado de la eficiencia, de la rapidez, de cierto grado de paternalismo y de la fría tecnología que requiere a sus sirvientes bregar con máquinas y acercarse a sus pacientes como objetos, en lugar de como personas.

Donde se hace más evidente dicha callosidad al dolor humano es con el paciente incurable o terminal. Los profesionales de la salud, por lo general, son reacios a, o no están preparados adecuadamente, para bregar con el paciente o con sus familiares cuando la muerte es inevitable. Es en dichos momentos que se torna imperativa e imprescindible la verdad médica, con compasión, valentía y solidaridad. Sólo así se podrá llevar alguna tranquilidad y resignación al paciente y a sus familiares. Sólo así ayudamos al bienestar de nuestros semejantes a morir con dignidad. Es esencial para el profesional de la salud comprender cuando su misión dejó de ser una curativa y se tornó en una de paliación física, mental y espiritual. El profesional de la salud debe ser un ciudadano ejemplar conciente de su responsabilidad para con la sociedad en que se desenvuelve. Cada generación de ustedes encara nuevos retos y nuevos problemas al tratar de definir sus posiciones ante las primordiales cuestiones sociales. No basta con tomar la iniciativa o participar en campañas educativas para mejorar la salud del pueblo, sino, es vital presionar a las estructuras del poder para instituir los cambios y las ayudas necesarias para lograrlo eficazmente. Por supuesto, es esencial el ejemplo personal, para impactar

a nuestros semejantes con la realidad amenazadora a su salud, de algún tipo de comportamiento especial. No somos, ni debemos pretender ser, los árbitros del comportamiento humano, pero no debemos rehuir la responsabilidad de tratar de influenciarlo para mejorarlo. Con el modelaje, no sólo con la palabra.

No se dejen obsecar por un profesionalismo estrecho, algo tan lamentablemente frecuente en nuestras profesiones. Sean generosos y aporten de su tiempo y conocimientos a tantas otras obras loables en la comunidad. Como ciudadanos de esta bendita tierra deben siempre afirmar la insoslayable realidad de su identidad y de su cultura, del ser puertorriqueño. Como dijera un gran antillano: "Cultura es lo que queda cuando ya nada queda". Cultiven su lengua y traten a como de lugar de mantenerla pura. Esto no debe ser impedimento para que traten de lograr excelencia en otros idiomas, tanto como su habilidad lingüística les permita.

Es un hecho científico comprobable que muchos de los problemas psicosociales de nuestros conciudadanos tienen raíces etiológicas en la pobre definición de su identidad. Los exhorto, a que sin ridículos chauvinismos, esa identidad y esa cultura, sirvan de marco a su devenir por la vida.

Como expresara en una ocasión similar, desde las lomas de Santa Marta, ese gran puertorriqueño que fuera Don Ernesto Ramos Antonini: "Sabemos de dónde venimos y sabemos quiénes somos. Pero, ¿a dónde vamos? Para saber a dónde se va hay que tener primero la voluntad y la determinación de seguir siendo quien se es. De otro modo el que llega es otro, si es que llega alguien. Quien deja de ser no llega".

Deseo de todo corazón que su vocación, palabra que quiere decir llamada desde adentro, llamada del corazón, brille como luz perpetua iluminando todas vuestras actuaciones como profesionales de la salud, de frente a la comunidad y siempre conscientes de su función social. Que vuestras decisiones sean siempre tomadas con la mayor seriedad y respeto hacia los seres humanos, pero que ustedes nunca se tomen demasiado en serio. Sin lugar a dudas todos deseamos ser mejores de lo que somos. Si no lo logramos no debemos desalentarnos, jamás podremos poner la segunda piedra si no ponemos la primera; jamás podremos escalar el segundo peldaño si antes no pisamos el primero, no llegaremos a la cima si no empezamos a repechar la jalda. El esfuerzo de hoy posibilitará el ascenso de mañana, no se nos exige el ascenso de mañana, pero sí el esfuerzo de hoy.

Unicamente el dolor nos hará comprender a los demás y ser el bálsamo sobre los desgarros y heridas de todos. Las horas más difíciles de nuestra vida son las que mejor nos moldean, las dificultades tallan la verdadera

personalidad de cada uno de nosotros. Todos tenemos una misión que cumplir y un tiempo para ejecutarla. El paso por la vida puede ser breve o más o menos largo, lo importante es que la huella sea perenne y significativa. Que no lleguemos al lugar de la paz y de la luz con las manos vacías.

Lo importante no es caer, sino levantarse, no importa el número y la seriedad de las caídas. Y que cuando uno caiga y el cuadro parezca insostenible siempre aparecerá alguien, respondiendo al esfuerzo nuestro de hoy y nos brinde el sostén de mañana. Algunos de ustedes ingresarán inmediatamente en la fuerza trabajadora, otros continuarán sus estudios graduados por un período de 3 a 7 años para poder prepararse para atender a sus pacientes adecuadamente. Lamentablemente les advierto que cuando comiencen a ejercer vuestra profesión, después de tantos estudios, sacrificios económicos y personales y de reglamentaciones *a galore* entrarán en la medicina moderna llena de burocracia y tecnocracia donde se pone en peligro la relación tradicional entre médico y paciente. Algunos de ustedes se dirán "yo no estudié medicina para ser un hombre de negocios". No se desesperen, prepárense bien, manténganse al día científica y tecnológicamente y traten al máximo de salvar la esencial relación entre médico y paciente. Todas las reformas van primordialmente a reducir los costos ascendentes del cuidado de la salud y por consiguiente existirá sin lugar a dudas racionamiento de tecnologías modernas y reglamentaciones que no le permitirán a ustedes tratar sus pacientes como ustedes entiendan que es necesario y mas beneficioso para ellos. Serán otros los que determinen eso. Ustedes, deben ser honestos con sus pacientes y explicarle porqué existen dichas limitaciones en los planes de salud y actuar como defensores de sus pacientes.

A los que abracen la Academia le deseo suerte pues no veo un compromiso cabal de parte de los sistemas nuevos de ejercer la medicina para proteger los Centros de Salud Académicos donde se forman los profesionales de la salud del futuro. De no suceder algo positivo es muy posible que dichos centros adquieran categoría de criaturas en peligro de extinción. Todas estas reformas que se están dando a la vez, sin evaluarlas previamente como planes pilotos en áreas específicas, me traen a la mente un pensamiento de principios de siglo del insigne prócer y médico Ramón Emeterio Betances, y que dice así: "Puerto Rico está en una borrachera completa. Allí están borrachos con las reformas que no les han dado. Se han embriagado por el olfato. Es el espectáculo mas raro y triste de todo un pueblo -chicos y grandes- celebrando las libertades que cree tener y que no tiene".

Marca esta vigésima quinta colación de grados mi postrer actuación oficial en este tradicional e impactante

ceremonial académico como Presidente de la Universidad Central del Caribe, mi *Ultima Actio*, con el permiso del prócer y caballero de la raza Don José de Diego, pero contrario a él aún no "¡Me alzaré entonces con la bandera de mi sudario a desplegarla sobre los mundos desde las cumbres del Infinito!" Confío en que el Señor de la Historia me permita aún desplegar mis energías y experiencia en alguna otra gestión al Servicio de Puerto Rico, mi Patria y Nación, con quien tengo contraída una deuda que nunca, no importa cuán mucho hiciera, me será posible saldar.

La gratitud debe ser piedra angular de toque de la especie humana y lastima en lo más recóndito de nuestra conciencia el evidenciar plenamente cuántos compatriotas desconocen o ignoran la fenomenal transformación, la revolución pacífica, que nos ha permitido a los puertorriqueños alcanzar metas insospechadas en lo económico y social. Para mí los forjadores de dicho fenómeno de movilidad en lo económico y social y en la preservación de nuestra identidad nacional como los dos distinguidos humanistas que hoy honramos, representan el esfuerzo de mi nación y por eso el fundamento de un compromiso de gratitud eterno hacia ella. La falta de gratitud entre los individuos es harina de otro costal y le toca a los que no la practican, por las razones que fuesen, responder a sus propias conciencias.

El año en que nuestra Universidad Central del Caribe cumple veinte años de fundada hago un alto en mi carrera de cuarenta y seis años consecutivos en la academia, los últimos dieciocho años en esta Institución. Esta Universidad de Ciencias de la Salud, la cual considero parte entrañable de mi ser, ha sido instrumento esencial para ofrecer a la buena juventud de Puerto Rico, y de otras partes del mundo, la oportunidad de realizar sus sueños y esperanzas de convertirse en profesionales de la salud. Profesionales con el necesario bagaje científico y tecnológico para ejercer eficazmente sus profesiones, pero aún más, encarrilados al desarrollo de plena conciencia de su función social y poseedores de un enfoque humanista integral.

Con ustedes, queridos graduandos, suman a 1,351 los médicos y a 365 los tecnólogos radiológicos, entre otros profesionales de la salud, la contribución de la Universidad Central del Caribe a nuestra sociedad en los veinte años de su existencia. Sin embargo, la meta que nos hemos trazado por años de desarrollar un pujante Centro de Salud Académico, donde se ofrezca instrucción en una gran variedad de las profesiones de la salud, servicios médicos verticalmente integrados para los pacientes de la Región de Salud de Bayamón, se fortalezca la educación médica posgraduada y continuada y se

incrementa el componente de investigación, tanto biomédico como psicosocial, se encuentra en estos momentos en una terrible y preocupante situación que pudiera poner en peligro su desarrollo, más allá de los meros dolores de crecimiento.

Siempre hemos señalado con el mayor grado de responsabilidad, honestidad y compromiso cabal con las metas perseguidas, nuestra visión clara y documentada de lo que entendemos debiera ser el futuro cierto de esta Institución. Después de numerosos años de luchas incesantes por la sobrevivencia y de mantener a flote lo que se ha podido lograr, entendemos que el futuro de lo que se ha fraguado en el trajín diario operacional, con el esfuerzo, concurso y desvelos de muchos, sólo se podrá garantizar mediante el análisis profundo, objetivo, imparcial, con generosidad de espíritu y sabiduría de entendimiento del recién preparado Plan de Desarrollo Estratégico de la Institución. Con la esperanza que dichas actitudes provean el milieu y modus operandi en la estructura del poder decisional concernida que propenda al proceso de toma de decisiones con cara hacia el porvenir y con el solo y vital objetivo de salvar para Puerto Rico y nuestras futuras generaciones el potencial que ofrecen nuestros programas hacia el desarrollo del pujante Centro de Salud Académico que deseamos.

Hemos preparado, después de intensa labor y sacrificio de muchos, un Plan Maestro de Desarrollo Estratégico que aborda en forma objetiva, documentada y cuidadosa las alternativas para el desarrollo de nuestra Institución. El mismo le ha sido entregado a la Junta de Directores como cuerpo responsable y con la obligación fiduciaria claramente expresa en sus estatutos corporativos de analizarlo y tomar decisiones sobre el destino y futuro de lo que hoy constituye la Universidad Central del Caribe. La situación requiere acción urgente, a la vez que ponderada, y llena de sabiduría, y sobre todo de generosa objetividad.

Al despedirme en esta solemne ocasión de triunfos académicos, en este ambiente tan universitario, apelo con este alabonazo a la conciencia de todos los que componen nuestra comunidad universitaria porque entiendo, a pie juntillas, que en dicho análisis y toma de decisiones por la Junta de Directores le va la vida a todos, los que componen esta comunidad en este momento histórico, así como a los que en el futuro advengan a formar parte de ella. Ya conocen por años los egresados de nuestra Universidad del interés nuestro en asuntos de la mitología greco-romana y de sus dioses. Hace ya numerosos años que contribuyo a su cartapacio como graduandos con una copia de un trabajo nuestro donde explicamos con lujo de detalles la horrible desinformación de considerar a Mercurio como el dios de la medicina y a su caduceo como el símbolo

de las profesiones de la salud. Representa esta equivocación un error garrafal de las fuerzas armadas de los Estados Unidos de Norteamérica que ha sido increíblemente perpetuada y que nos ha tocado como parte del proceso de transculturación de nuestro pueblo. Mercurio, y su caduceo, era el mensajero de los dioses y el dios del comercio y los viajeros. Así correctamente lo utiliza como símbolo la Asociación de Industriales de Puerto Rico.

El dios de la medicina es Esculapio, un joven fuerte y saludable que carga un báculo con una serpiente enrollada en el mismo. Así está en el escudo de la Universidad Central del Caribe y de toda organización académica y profesional que conoce de la historia. Es por dicho interés en asuntos de la mitología y de sus dioses del Olimpo que me permito utilizar algunos ejemplos de la misma para hacer mas patente aún mi mensaje en estos momentos de despedida. Sísifo, rey mitológico de Corinto, osó enfrentarse a Zeus, divinidad suprema del panteón griego y soberano de todos los dioses del Olimpo. Por esto fue castigado a empujar eternamente una gigantesca roca hacia la cima de una montaña, sin nunca lograr alcanzarla. Nosotros no hemos logrado la cima que nos propusimos pero por lo menos hemos podido, con la ayuda de muchos, seguir tratando con la esperanza de lograrla. Si se hubiese tratado de sólo la ecuación entre el peso de la roca y el compromiso nuestro de dieciocho años para lograrlo, entiendo que hoy me estaría despidiendo de ustedes oteando felizmente el horizonte desde dicha cima. Lamento grandemente hacerlo con una agenda inconclusa.

El caso de Prometeo, un titán de la mitología griega que también desobedeció a Zeus y entregó el fuego divino a los hombres a quien protegía, es algo distinto al de Sísifo. Zeus, el más poderoso y autoritario de los dioses del Olimpo, encadenó a Prometeo a una roca en el océano y ordenó que un águila le devorara progresivamente, día a día, el hígado. Herácles, héroe de la mitología griega y supuesto hijo de Zeus, liberó a Prometeo matando el águila. Confío en que el análisis sensato, juicioso, objetivo y generoso del Plan de Desarrollo Estratégico por la Honorable Junta de Directores de la Universidad Central del Caribe provea, cual Herácles, la alternativa que garantizaría la estabilidad de nuestros programas, y más importante aún, el exitoso desarrollo futuro del pujante Centro de Salud Académico que tantas veces hemos acariciado en nuestros irrealizables sueños.

La vida me ha provisto otras experiencias dolorosas de sueños irrealizados que han calado profundamente en mi espíritu cristiano. No concibo dolor más profundo que el de perder un hijo y conocer de su estoico e intenso sufrimiento por no poder ver realizados todos sus sueños

familiares y profesionales. En momentos tan dolorosos recibí de un compañero copia de una poesía del bardo cagüeño José Gautier Benítez dedicada a un amigo con motivo de la muerte de su hijo. Me permito citar dos estrofas de la misma:

*"¡La resignación jamás!
jamás la halla quien la muerte mira;
no hay resignación; ¡mentira!,
impotencia y nada más...*

*Llora pues; no hagas violencia
al pecho que herido está,
¡llora, que después vendrá
la calma de la impotencia!*

Y yo añadido, sólo aquel que ha estado en el más profundo valle es capaz de disfrutar de la cima más alta. Un tradicional luchador como el que les habla, no abandona súbita y totalmente las causas nobles, ni a los nobles y comprometidos seres con quienes ha compartido con "sangre, sudor y lágrimas" el sostén de las mismas por los últimos dieciocho años.

No albergo la más mínima duda de que este equipo docente-administrativo que hemos logrado configurar, que sin miedo a equivocarme amerita lo que en el argot deportivo se ha dado en llamar "Dream Team" o "Equipo de Ensueño", continuará la lucha por lo que esta Institución representa para Puerto Rico. Sé que no cesarán hasta lograr la estabilidad y el progreso que la razón, la lógica, la sensatez y las realidades institucionales y nacionales señalan como camino hacia un futuro cierto.

Esta ocasión trae a mi memoria la Balada del Soldado, citada por el General Douglas McArthur en su discurso ante una sesión conjunta del Congreso de los Estados Unidos de Norte América donde defendía sus diferencias con los Departamentos de Estado y Defensa en cuanto al curso de acción a seguir en la Guerra de Corea. Parafraseando al General McArthur señalo que: Los viejos luchadores nunca mueren, sencillamente se desvanecen. Ahora doy fin a mi activa carrera en la academia y me desvaneceré paulatinamente, un viejo luchador que intentó cumplir con su deber como entendió que Dios le ofreció la luz para ver y entender dicho deber. Hasta luego.

Y añadido, con todas las fuerzas de mi espíritu, que mientras este luchador, se desvanezca paulatinamente y conserve la sabiduría y el entendimiento, estará siempre en la disposición de orientar y ayudar al máximo de mis capacidades al equipo de ensueño de la Universidad Central

del Caribe a lograr el futuro cierto de la misma. Esto es así, porque como señala el sabio y viejo proverbio, adscrito a los portugueses: "toda la oscuridad del universo nunca

podrá opacar la luz de un cirio encendido".
Que Dios en su inmensa sabiduría los ilumine a todos.
